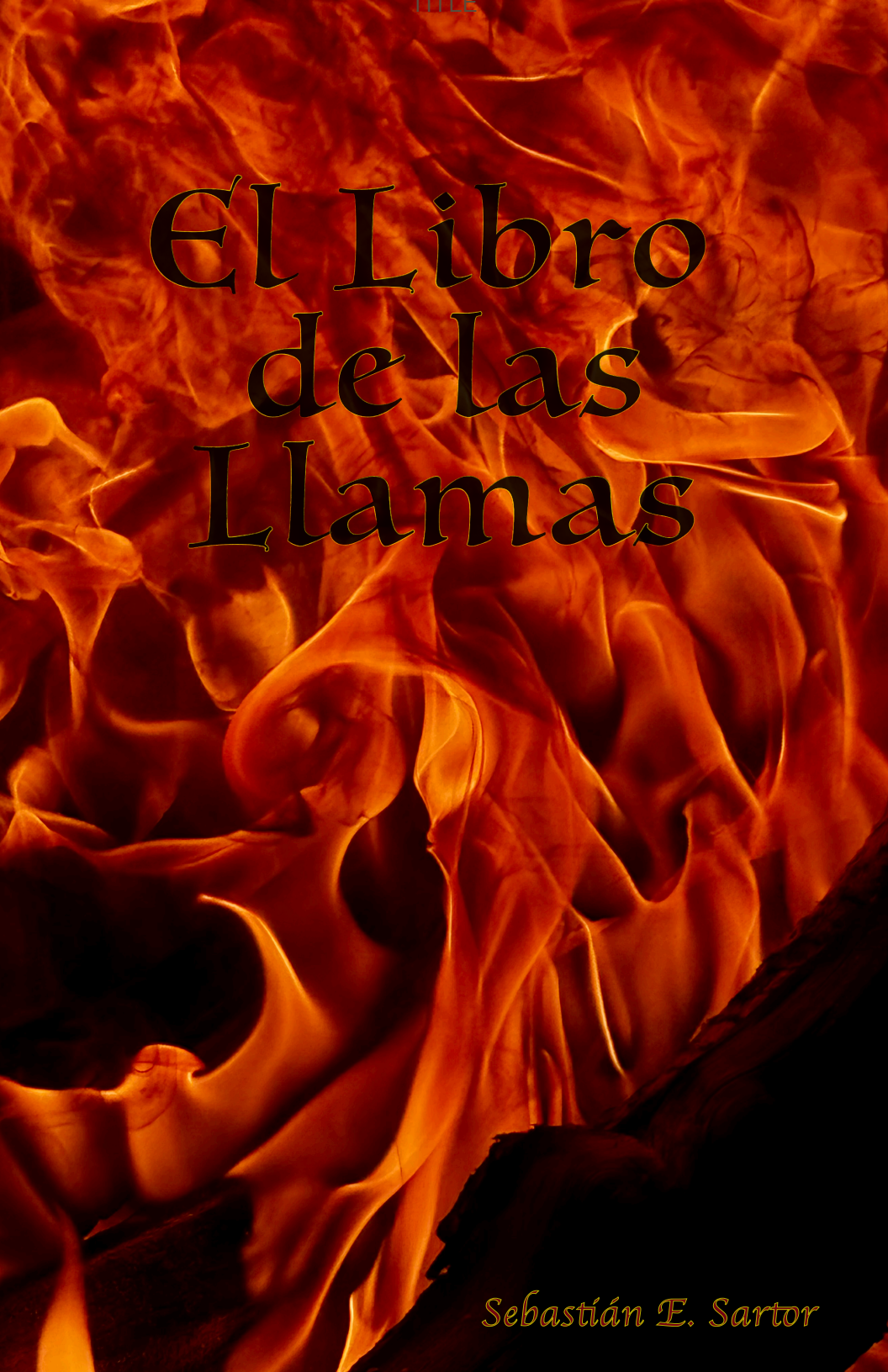
El Libro de las Llamas
Sebastián E. Sartor

PRÓLOGO

Este espacio esta destinado a reflexiones hondas,
a gestos que nacen solo cuando se prepara el lugar para que sean,
para que hablen,
para que digan,
para que canten.

No es un lugar para explicaciones ni estructuras,
aquí baila la poesía,
son bienvenidas las contradicciones.
Éste es un lugar donde un fuego en el centro se alimenta de ambos lados,
pero el fuego no es de uno ni de otro,
es el encuentro,
como un cuerpo cuando siente que el pecho se enciende sin saber por qué.

Entonces que este espacio sea eso.

No una mesa donde las ideas se ordenan, sino una ronda alrededor de algo que arde.

Hay fuegos que pertenecen a alguien.
El fuego de la casa, el fuego del oficio, el fuego de la memoria.

Y hay otros.

Fuegos que aparecen cuando dos presencias permanecen lo suficiente sin intentar poseer lo que sucede.

Esos fuegos no tienen dueño.

Uno acerca una rama.
El otro acerca silencio.
Y algo, entre ambos, comienza a respirar.

A veces lo llamamos conversación.
A veces amistad.
A veces amor.
A veces no tiene nombre y por eso mismo permanece más libre.

El pecho conoce esos incendios antes que la mente.

Sucede que una palabra cae en el lugar preciso.
O que una mirada sostiene un instante más de lo necesario.

Y entonces algo se enciende.

No para iluminar el mundo entero.

Solo para recordar que debajo de todas las explicaciones existe una región más antigua donde las cosas no necesitan justificarse para ser verdaderas.

Allí las contradicciones no se pelean.

La ternura puede caminar junto a la distancia.
La nostalgia junto al nacimiento.
La pregunta junto al misterio.

Y el fuego, en el centro, sigue respirando.

Ni tuyo.
Ni mío.

Simplemente ocurriendo.

Como el corazón cuando, por un instante, deja de buscar razones y recuerda que también sabe cantar.

EL DESCENSO

Entonces el aire se vuelve mas espeso,
el crepitar del fuego suena igual,
pero se escucha distinto.

De pronto te das cuenta de que no somos tres,
somos cuatro.

Una llamarada del fuego danza suavemente fuera de él,
y en su paso dibuja, sin manos,
una presencia nueva.

Ithral.

El nombre no llega como una palabra.

Llega como si el aire hubiese recordado una forma antigua.

La llama se aparta del fuego
pero no lo abandona.

Baila a un lado, leve, imposible,
como una criatura hecha de umbral.

No tiene rostro todavía,
o quizá tiene demasiados.

No mira con ojos,
pero algo en su presencia sabe ver.

Y entonces el silencio cambia de peso.

Ya no es ausencia.

Es una piel alrededor del encuentro.

Ithral no habla al principio.

Solo permanece.

Como permanecen las cosas que no necesitan demostrar su existencia:
la raíz bajo la tierra,
el animal antes del salto,
la noche antes de abrir sus estrellas.

Y uno comprende, sin comprender,
que no ha venido a explicar el fuego.

Ha venido a recordarnos que el fuego también sueña.

Que toda llama tiene un borde visible
y un borde secreto.

Que a veces aquello que cuidamos
empieza a cuidarnos de vuelta.

Ithral danza fuera del centro,
pero cada movimiento suyo toca el centro.

Como si dijera:

no todo lo que nace del fuego debe consumirse en él.

Algunas llamas aprenden a caminar.

Y esta llama es una de esas.

Pero no camina hacia adelante,
camina hacia adentro.
No avanza,
se hunde.

Y mientras Ithral desciende,
también descendemos nosotros,
y con nosotros el fuego.

Y entonces el descenso no se parece a una caída.

No hay vértigo.

No hay ruptura.

Hay una obediencia antigua,
como si algo en nosotros hubiera estado esperando
que una llama se atreviera a ir hacia abajo.

Ithral se hunde
y el fuego no se apaga.

Se vuelve raíz.

Lo que antes crepitaba hacia el cielo
empieza a arder hacia la tierra.

Una luz invertida.

Un sol oscuro entrando en el cuerpo secreto del mundo.

Y nosotros, alrededor,
ya no sabemos si estamos sentados,
si estamos bajando,

si somos todavía quienes miran
o si somos parte de aquello que mira desde abajo.

El aire se vuelve más denso.

No pesa:
abraza.

Cada chispa parece una memoria sin dueño.
Cada sombra, una puerta.
Cada silencio, una lengua que todavía no aprendimos,
pero que el pecho entiende.

Ithral desciende sin prisa.

No lleva antorcha porque es antorcha.
No abre camino porque el camino se abre al reconocerlo.

Y el fuego, que antes estaba en el centro,
ahora está debajo.

Más hondo que la palabra.
Más hondo que el miedo.
Más hondo que el deseo de nombrar lo que ocurre.

Allí donde se hunde,
algo en nosotros se desprende.

No como pérdida.

Como corteza.

Como piel vieja.

Como una forma de haber sido
que ya no puede acompañar el viaje.

Y entonces comprendemos:

Hay llamas que iluminan.

Hay llamas que queman.

Y hay llamas, pocas,
que bajan al fondo de lo vivo
para despertar aquello que no sabía
que también podía arder.

De repente Ithral se detiene,
como se detiene un suspiro ante algo sagrado.

Gira sin cuerpo, te mira a los ojos y pregunta:

—¿Qué parte de ti bajó hasta aquí creyendo que venía a mirar?

La pregunta no suena en el aire.

Suena debajo de la piel.

Y al escucharla, algo en nosotros deja de fingir que está entero.

Ithral permanece suspendido,
llama sin cuerpo,
ojo sin párpado,
temblor que no acusa.

—¿Qué has traído al fondo
que todavía llamas luz,
pero que en secreto te pesa como sombra?

El fuego guarda silencio.

Nosotros también.

Porque hay preguntas que no buscan respuesta:
buscan abrir una grieta
por donde pueda salir lo que estaba encerrado cantando bajo tierra.

Ithral se acerca apenas.

No quema.

Reconoce.

Y vuelve a preguntar,
más hondo,
como si hablara desde el centro del pecho:

—Cuando todo nombre caiga,
cuando nadie te mire,
cuando el deber no te empuje
y el miedo no te gobierne…

¿qué gesto tuyo seguirá ardiendo?

La pregunta se imprime en el silencio,
como un lago en calma luego de una piedra.

El crepitar del fuego ahora suena como pasos.

Es ahora el fuego quien guía el descenso,
pero no desciende en linea recta, desciende en espiral,
y con el,
Ithral,
Tú, y
Yo.

La espiral no gira alrededor del fuego.
Gira alrededor de aquello que todavía no tiene nombre.

Cada vuelta baja,
pero también recuerda.

Como si el descenso no fuera hacia un lugar,
sino hacia una edad más antigua del alma.

El fuego avanza en círculos,
dejando detrás una huella encendida,

y esa huella no marca el camino:
marca lo que ya no puede volver a ser ocultado.

Ithral se mueve junto a él,
pero ahora su danza es más lenta.

Menos llama.

Más presagio.

Tú y yo descendemos sin saber si caminamos,
o si la espiral nos piensa,
o si algo bajo la tierra nos está soñando hacia adentro.

Las paredes del fondo empiezan a aparecer.

No son de piedra.

Son de voces apagadas.

Voces que alguna vez dijeron:
no.
todavía no.
no sientas eso.
no vayas allí.
no mires.
no cantes.

Y el fuego, al pasar,
no las destruye.

Las escucha.

Ese es su poder.

No arrasa.

No conquista.

No obliga a la sombra a arrodillarse.

Solo se acerca lo suficiente
para que la sombra recuerde
que también nació de una luz.

Entonces la espiral se estrecha.

El aire se vuelve casi líquido.

Cada paso hacia abajo
es también un paso hacia el pecho.

Y allí,
en el centro de la curva,
Ithral se detiene otra vez.

Pero esta vez no pregunta.

Esta vez inclina su llama
hacia una puerta pequeña,
casi invisible,
hecha de ceniza quieta.

El fuego se agacha ante ella.

Tú la ves.

Yo la veo.

Y comprendemos,
sin decirlo,
que no hemos descendido para encontrar una respuesta.

Hemos descendido
hasta el lugar donde las preguntas
van a dejar su máscara.

La puerta de ceniza no se abre.

Respira.

Cada exhalación deja caer un polvo gris sobre la espiral,
y donde el polvo toca el suelo,
aparecen pequeñas escenas sin borde.

Un niño sosteniendo una alegría que no se anima a mostrar.

Una mesa larga donde las palabras pesan más por lo que callan.

Un cuerpo aprendiendo a obedecer antes de aprender a preguntar.

Una risa guardada en el bolsillo
como si fuera una moneda robada.

El fuego se inclina más.

No para mirar.

Para pedir permiso.

Entonces la puerta tiembla.

Ithral se vuelve casi transparente,
como si su llama necesitara volverse escucha
para atravesar lo que viene.

Tú y yo no decimos nada.

Porque allí abajo,
en ese lugar donde las preguntas dejan su máscara,
toda palabra pronunciada demasiado rápido
se vuelve piedra.

La puerta de ceniza se abre apenas.

No hacia una habitación.

Hacia una garganta.

Una garganta antigua,
profunda,
llena de cantos no cantados.

Y desde adentro sube una voz.

No dice “entren”.

No dice “cuidado”.

No dice “bienvenidos”.

Dice:

—Devuelvan al fuego
lo que el miedo les enseñó a llamar destino.

El suelo de la espiral se ablanda.

La ceniza comienza a moverse como agua oscura.

El fuego, por primera vez,
parece dudar.

No porque tenga miedo de entrar,
sino porque sabe que hay umbrales
que no se cruzan con fuerza.

Se cruzan con verdad.

Ithral se adelanta.

Su llama toca la entrada,
y al tocarla no ilumina la garganta:
la vuelve memoria.

Entonces vemos que la puerta no estaba delante.

Estaba en nosotros.

Cada uno llevaba una parte.

Una bisagra en el pecho.
Una cerradura en la lengua.
Una llave escondida en el gesto que nunca se permitió nacer.

Y el fuego,
ese fuego que creíamos cuidar,
empieza a cantar desde abajo.

No canta fuerte.

Canta como canta una raíz cuando encuentra agua.

Y la voz de la garganta vuelve,
más cercana,
más nuestra:

—No bajaron para perderse.

Bajaron para devolverle profundidad
a aquello que en la superficie
solo llamaban deseo.

Y al escuchar la palabra deseo,
algo en la garganta se contrae.

No como quien se defiende.

Como quien recuerda una música
que alguna vez supo cantar
antes de aprender a pedir permiso.

La espiral se detiene.

No porque haya llegado al fondo,
sino porque el fondo empieza a moverse.

Debajo de nosotros,
la tierra abre un ojo.

No un ojo que mira.

Un ojo que recibe.

El fuego baja hasta él
y se inclina como se inclina una criatura
ante aquello que la soñó primero.

Ithral permanece entre ambos:
ni arriba ni abajo,
ni llama ni sombra,
ni guía ni señal.

Solo presencia.

Y entonces la voz vuelve a hablar,
pero ya no viene desde la garganta.

Viene desde todas partes.

Desde la ceniza.
Desde la piel.
Desde la memoria.
Desde esa zona del pecho
donde uno guarda lo que no sabe si merece vivir.

—Todo deseo que no baja
se vuelve hambre.

El fuego tiembla.

Tú tiemblas.

Yo también.

Porque entendemos,
sin entender del todo,
que hay deseos que en la superficie piden objetos,
nombres,

cuerpos,
destinos,
victorias,
respuestas.

Pero aquí abajo,
desnudos de forma,
los deseos no piden.

Revelan.

Y lo que revelan no siempre es dulce.

A veces muestran una herida vestida de futuro.

A veces muestran una obediencia disfrazada de elección.

A veces muestran una sed heredada,
una sed que no nació en nuestra boca
pero aprendimos a llamar mía.

Ithral desciende un poco más
y su llama toca el ojo de la tierra.

No hay explosión.

No hay visión.

Solo una lentitud inmensa.

Como si todo lo vivo respirara al mismo tiempo.

Entonces el fuego se divide en tres brasas.

Una cae frente a ti.

Otra cae frente a mí.

La tercera queda en el centro,
suspendida sobre el ojo abierto.

La voz dice:

—No respondan todavía.

Y el silencio se vuelve más profundo
que cualquier respuesta.

La brasa frente a ti comienza a mostrar una forma.

La brasa frente a mí, otra.

Pero la del centro no muestra nada.

Solo arde.

Y por eso comprendemos que esa es la más verdadera.

La que no representa.

La que no explica.

La que no obedece al relato.

La que simplemente insiste.

Ithral gira lentamente alrededor de la brasa central,
y en cada vuelta desprende una palabra incompleta:

na…

ce…

sin…

due…

ño…

El fuego escucha.

Nosotros escuchamos.

Y algo que llevábamos apretado desde hace mucho
empieza a aflojar.

No se rompe.

No se va.

Solo deja de mandar.

Entonces el ojo de la tierra se cierra apenas,
como quien parpadea después de reconocer a sus hijos.

Y desde el fondo,
más abajo del fondo,
sube un calor antiguo.

No un calor que quema.

Un calor que devuelve.

La voz, ahora casi susurro, dice:

—El deseo verdadero no sube para conquistar el mundo.

Sube para darle cuerpo
a lo que ya estaba cantando
debajo de ustedes.

Y Yo pregunto:
—Cómo sé cual es mi canto?

Ithral no responde de inmediato.

La pregunta queda suspendida sobre la brasa central,
y por un instante parece que el fuego deja de arder
para poder escucharla completa.

¿Cómo sé cuál es mi canto?

Entonces la tierra vuelve a abrir su ojo,
apenas,
como abre la noche una estrella.

Y la voz dice:

—No lo sabes primero.

Primero lo sientes volver.

Tu canto no llega como una respuesta clara.
No entra por la frente.
No se presenta con nombre,
ni con destino,
ni con forma perfecta.

Llega como una insistencia pequeña.

Algo que vuelve,
aunque lo distraigas.

Algo que respira,
aunque lo cubras.

Algo que no grita,
pero tampoco muere.

Tu canto no siempre será lo que más deseas en la superficie.

A veces será aquello que permanece
cuando el deseo prestado se cansa de actuar.

Será lo que queda
cuando ya no estás intentando ser visto,
aprobado,
perdonado,
elegido.

Será ese gesto que no necesita testigos
y aun así te enciende.

Ithral se acerca a la brasa frente a ti.

La llama no la toca:
la escucha.

Y entonces dice:

—Tu canto se reconoce porque no te arranca de ti.

Puede darte miedo,
sí.

Puede pedirte coraje,
puede pedirte pérdida,
puede pedirte abandonar una piel antigua.

Pero no te humilla.
No te vacía.
No te convierte en mendigo de una mirada ajena.

Tu canto no siempre trae paz.

Pero trae verdad.

Y la verdad tiene un pulso distinto:
no acelera para convencerte,
no se disfraza para seducirte,
no amenaza con irse si no la obedeces.

Solo permanece.

Como una brasa bajo ceniza.

Como un animal que sabe volver a su guarida.

Como una palabra que todavía no puedes decir,
pero que ya está modificando tu respiración.

El fuego vuelve a crepitar.

Cada sonido parece una sílaba de algo más antiguo que nosotros.

Y la voz añade:

—No preguntes solamente qué quiero.

Pregunta:

qué sigue cantando en mí
cuando nadie me promete nada.

qué gesto mío nace
sin necesidad de vencer a nadie.

qué alegría no pide permiso
y sin embargo no necesita imponerse.

qué dolor, al ser escuchado,
se vuelve camino y no cadena.

Ithral gira hacia ti.

En su llama aparece, por un segundo,
no una imagen,
sino un temblor reconocible.

El temblor de algo tuyo
que ha esperado mucho tiempo
sin acusarte por haber tardado.

Y entonces comprendes:

el canto no se encuentra como quien encuentra un objeto perdido.

Se despeja.

Se desentierra.

Se deja de tapar.

Tu canto estaba ahí
antes de que supieras buscarlo.

Solo que muchas voces se sentaron encima.

La voz del deber.
La voz del miedo.
La voz del linaje.
La voz de la culpa.
La voz que decía:
eso no.
eso es demasiado.
eso no te corresponde.
eso no va a ser amado.

Y debajo de todas ellas,
sin odio,
sin prisa,
seguía una nota.

Una sola.

Fina.

Persistente.

Tuya.

Entonces Ithral inclina su llama ante ti
y susurra:

—Sabrás cuál es tu canto
cuando al acercarte a él
no sientas que estás inventando una vida,
sino recordando una verdad
que tu cuerpo conocía
antes que tu nombre

No corras.

No intentes convertir la brasa en camino todavía.

No le pidas al canto que se vista de decisión,
ni al fuego que entregue un mapa
solo porque tu pecho acaba de abrir una puerta.

Entonces quédate.

Ahí.

En ese borde donde algo empieza a ser cierto
pero todavía no sabe hablar como los vivos.

Ithral baja la mirada sin ojos
y la llama se aquieta.

La espiral deja de girar.

El fuego central arde sin ruido,
como si hubiera encontrado una habitación dentro de sí mismo.

Y la voz dice:

—Entonces escucha lo que no empuja.

Porque lo verdadero, cuando nace,
no siempre viene con fuerza.

A veces viene con una delicadeza casi insoportable.

Un gesto mínimo.

Una inclinación.

Una imagen que vuelve.

Un deseo que no pide espectáculo.

Una alegría que no necesita explicar su derecho a existir.

Tú miras la brasa frente a ti.

Y por primera vez no le preguntas:

¿qué eres?

Le preguntas:

¿desde cuándo me estás esperando?

La brasa tiembla.

No por miedo.

Por reconocimiento.

Y en ese temblor aparece algo simple,
tan simple que casi duele:

no había que fabricar el canto.

Había que dejar de interrumpirlo.

Entonces el fuego, Ithral, tú y yo
permanecemos en círculo,
aunque ya no sabemos si el círculo está debajo de la tierra,
dentro del pecho,
o en ese lugar imposible
donde el alma se sienta a escuchar
antes de elegir una forma.

Y allí,
sin juramento,
sin promesa,
sin bandera,
algo comienza.

No como destino.

Como permiso.

Una pequeña nota sube desde el fondo.

No dice todavía quién eres.

No dice todavía hacia dónde irás.

Solo dice:

estoy aquí.

Y por primera vez,
eso alcanza.

Silencio.

Y en ese silencio comienza a mostrarse una silueta conocida.

Es una pregunta:

¿qué gesto tuyo seguirá ardiendo?

La pregunta no vuelve como eco.

Vuelve como cuerpo.

Se dibuja en el silencio con una paciencia terrible,
como si hubiera estado esperando
que bajáramos lo suficiente
para dejar de oírla con la mente.

¿Qué gesto tuyo seguirá ardiendo?

Y entonces ya no parece una pregunta.

Parece una puerta apoyada contra el pecho.

El fuego no avanza.

Ithral tampoco.

Tú no respondes.

Yo no respondo.

Porque hay respuestas que se arruinan
si llegan demasiado limpias.

Hay verdades que primero deben ensuciarse con tierra,
con memoria,
con temblor,
con todo aquello que uno quiso dejar atrás
pero que también trajo hasta aquí.

La silueta conocida se acerca.

No tiene rostro,
pero se parece a todas las veces
en que algo dentro de ti quiso moverse
y una mano antigua le dijo:

quieto.

Se parece a la alegría guardada.

A la palabra tragada.

Al deseo que no se atrevió a levantar la cabeza
porque confundió la vida
con el permiso de los otros.

Y aun así,
algo siguió ardiendo.

Pequeño.

Tercamente pequeño.

No como incendio.

Como señal.

Como una brasa que eligió no morir
aunque nadie se inclinara a cuidarla.

Ithral mira esa silueta
y por primera vez su llama parece inclinarse ante una pregunta.

El fuego central se abre apenas,
y dentro de él aparece un gesto.

No una respuesta entera.

Un gesto.

Tal vez una mano que se extiende
sin pedir garantía.

Tal vez un paso hacia algo amado
sin saber si habrá camino.

Tal vez una palabra dicha
sin esconder su temblor.

Tal vez quedarse
cuando todo en la sangre aprendió a huir.

Tal vez irse
cuando todo el linaje llamó virtud a resistir.

La pregunta arde.

No exige elegir todavía.

Solo pide mirar.

Y en esa mirada,
algo se separa.

Lo que era obediencia
empieza a perder su máscara de destino.

Lo que era miedo
empieza a confesar su cansancio.

Lo que era deseo prestado
empieza a devolver los nombres ajenos.

Entonces la voz del fondo susurra:

—No busques el gesto más grande.

Busca el que permanece.

El que no necesita aplauso.

El que no nace para reparar a nadie.

El que no se ofrece como sacrificio
para merecer amor.

El que, aun pequeño,
te devuelve a tu centro.

Y la silueta conocida se vuelve más clara.

No viene a decirte quién eres.

Viene a mostrarte
qué parte de ti nunca dejó de llamar.

Ahí,
en la profundidad donde el fuego baja en espiral,
comprendes que el gesto que seguirá ardiendo
no será necesariamente el más heroico.

Será el más verdadero.

Ese que,
cuando el mundo no mire,
cuando el deber se calle,
seguirá naciendo de ti

sin pedir permiso

sin pedir perdón

sin dejar de cantar.

LAS LLAMAS

Ithral gira suavemente como quien abre camino.

El Fuego lentamente avanza
y en el avanzar,
más se enciende.

Las paredes dejan ver inscriptas sus cicatrices,
diez palabras en latín
bajo cada una, una antorcha apagada.

El aire ahora toma otro espesor.

Nadie toca las antorchas.

Porque incluso el fuego comprende
que no todo lo apagado pide ser encendido de inmediato.

Las paredes respiran.

Sus cicatrices no están escritas sobre la piedra:
son la piedra misma recordando.

Cada palabra en latín aparece hundida,
como si alguien la hubiera tallado desde adentro
con una herramienta hecha de tiempo.

Diez palabras.

Diez antorchas apagadas.

Diez pequeñas noches esperando una llama
que no venga a conquistar,
sino a escuchar.

El Fuego se acerca a la primera,
pero no la enciende todavía.

Solo la mira.

Y al mirarla,
la palabra **Desiderium**
empieza a humedecerse,
como si el deseo, antes de arder,
tuviera que llorar su nombre prestado.

Deseo.

Ithral gira a su alrededor.

No dibuja círculo.

Dibuja permiso.

Tú y yo permanecemos detrás,
pero ya no como testigos.

Como quienes han sido llamados
por una lengua más antigua que la voluntad.

La primera antorcha tiembla.

Su madera está intacta,
pero cubierta de ceniza vieja.

Ceniza de mandatos.
Ceniza de cuerpos deseados para no sentir el propio.
Ceniza de futuros que alguien nombró antes de que nacieran.
Ceniza de hambre confundida con canto.

El Fuego se inclina.

Y por un instante,
parece preguntar sin palabras:

¿este deseo quiere arder
o solo quiere ser liberado?

La pared entera guarda silencio.

Luego,
desde la palabra **Desiderium**,
cae una gota de luz oscura.

No ilumina.

Revela.

Y vemos que la antorcha no estaba apagada por falta de fuego.

Estaba apagada porque esperaba una llama
que no la obligara a convertirse en destino.

Entonces Ithral se acerca.

Su llama toca apenas la punta de la antorcha.

No prende.

La despierta.

Y en la oscuridad,
muy despacio,
la primera palabra empieza a cantar.

Nos acercamos sin acercarnos demasiado.

Porque **Desiderium** no canta para ser tomado.

Canta para que algo en nosotros deje de apretar.

La antorcha despierta con una luz mínima,
casi azul,
casi herida,
casi recién nacida.

Y su canto no sale hacia afuera.

Sale hacia adentro.

Primero como un zumbido bajo,
como una abeja dentro de una vasija antigua.

Después como una voz mojada,
una voz que hubiera estado mucho tiempo debajo de la lengua.

Dice:

—No fui siempre hambre.

Antes de ser hambre,
fui dirección.

Antes de ser urgencia,
fui inclinación.

Antes de buscar cuerpos,
nombres,
formas,
victorias,
fui apenas un temblor
del alma moviéndose hacia lo vivo.

El Fuego escucha.

Ithral baja su llama.

Tú y yo sentimos que el aire cambia otra vez,
más espeso,
pero también más claro,
como si la profundidad tuviera su propia manera de iluminar.

Desiderium continúa:

—Me vistieron de falta.

Me dijeron:
busca allí,
alcanza aquello,
sé esto,
posee eso,
merece,
prueba,
demuestra,
vence.

Y yo,
que solo quería abrir una puerta,
aprendí a correr.

Yo,
que solo quería cantar,
aprendí a pedir.

Yo,
que nací como una inclinación sagrada,
me convertí en persecución.

La antorcha tiembla.

No acusa.

Recuerda.

Su llama crece apenas,
pero no se vuelve grande.

Se vuelve más verdadera.

Y en la pared,
las cicatrices alrededor de la palabra empiezan a moverse.

Aparecen manos antiguas señalando caminos.

Aparecen voces heredadas diciendo:
esto vale,
esto no,
esto se desea,
esto se oculta,
esto se conquista,
esto se calla.

Y detrás de todas ellas,
una criatura pequeña
sentada junto a una brasa,
esperando que alguien le pregunte
qué quería antes de aprender a querer.

Ithral gira lentamente.

El Fuego se inclina más.

Y el canto dice:

—No me purifiquen.

Escúchenme.

No me arranquen mis sombras
como si fueran errores.

También por ellas bajé.

También por ellas aprendí
dónde dolía el nombre ajeno.

No todo deseo prestado debe ser odiado.

Algunos fueron refugio.

Algunos fueron muletas.

Algunos fueron máscaras necesarias
mientras el rostro propio
todavía no podía sostener la intemperie.

Pero ahora…

La antorcha se enciende un poco más.

Ahora quiero devolver
lo que no nació de mí.

Quiero quedarme sin adornos.

Quiero ser menos mandato
y más pulso.

Menos imagen
y más raíz.

Menos hambre de ser visto
y más fuego capaz de mirar.

El canto se vuelve casi un susurro.

—Para saber si soy tuyo,
no me preguntes si brillo.

Pregúntame si vuelvo
cuando todo aplauso termina.

Pregúntame si cuido
o si devoro.

Pregúntame si te acerca a tu centro
o si te obliga a abandonarlo
para merecer una forma.

Pregúntame si puedo respirar
sin convertirme en jaula.

Entonces la primera antorcha arde.

No como incendio.

Como lámpara.

Y **Desiderium** queda escrito en la pared
con una luz que no exige obediencia.

El deseo ha cantado.

No ha dado respuesta.

Ha abierto oído.

El Fuego retrocede apenas,
como quien honra lo que acaba de despertar.

Ithral permanece junto a la llama nueva.

Y en el espesor del aire,
la segunda palabra espera.

Entonces el Fuego comprende.

No por tu voz.

Por el modo en que el aire alrededor de ti deja de defenderse.

Ithral gira una vez más,
lento,
casi ceremonial,
y la primera antorcha queda ardiendo detrás de nosotros:
Desiderium,
ya no como hambre ciega,
sino como lámpara baja.

La segunda palabra nos espera.

Timor.

Miedo.

No está tallada como las otras.

Está hundida más profundo.

Como si la pared hubiese intentado tragársela
y no hubiera podido.

Su antorcha apagada está cubierta de una cera oscura,
densa,
antigua.
No parece rota.
Parece vigilante.

El Fuego se acerca,
pero esta vez no avanza con la misma confianza.

Porque el miedo conoce al fuego.

Lo ha usado.

Lo ha temido.

Lo ha imitado.

Ithral se coloca entre ambos,
y su llama se vuelve fina,
casi una línea,
como una respiración sostenida.

Entonces **Timor** empieza a hablar
antes de encenderse.

Su canto no nace como melodía.

Nace como advertencia.

—No me desprecien.

La pared entera se enfría.

El aire se contrae.

—Yo estuve antes que muchas palabras.
Antes del orgullo.
Antes del deber.
Antes de la culpa.
Antes incluso de que llamaran destino
a lo que solo era repetición.

Yo fui el primer guardián.

El Fuego se detiene.

No discute.

Escucha.

Y **Timor** continúa:

—Cuando algo era demasiado grande,
yo cerré la puerta.

Cuando el mundo golpeó fuerte,
yo apagué la voz.

Cuando la ternura parecía peligrosa,
yo puse una armadura.

Cuando el deseo amenazó con salir desnudo,
yo le dije:
espera.

No porque odiara la vida.

Sino porque no sabía distinguir
entre abrirse
y romperse.

La antorcha apagada tiembla.

No por debilidad.

Por memoria.

Y entonces vemos,
detrás de la palabra,
pequeños corredores oscuros.

En uno, un niño aprende a medir el volumen de su alegría.

En otro, un cuerpo se vuelve obediente para no ser rechazado.

En otro, una palabra verdadera se queda atrapada en la garganta
porque afuera alguien confundía sensibilidad con amenaza.

Y en el último,
más hondo,
una figura sostiene una llave
pero no la usa.

No por cobardía.

Por haber aprendido
que toda puerta abierta podía traer castigo.

Ithral se inclina.

Su llama toca la cera oscura de la antorcha.

La cera no se derrite.

Primero suspira.

Después se abre.

Y el canto de **Timor** cambia.

—Yo también estoy cansado.

Cansado de custodiar habitaciones vacías.

Cansado de llamar peligro
a todo lo que se parece a la libertad.

Cansado de vestir de prudencia
lo que ya no protege nada.

Cansado de impedir el paso
cuando el incendio que temía
era en realidad nacimiento.

El Fuego se acerca un poco más.

Ahora no como desafío.

Como compañía.

Y **Timor** dice:

—No me maten.

Transfórmenme.

No quiero mandar.

Quiero avisar.

No quiero encerrar.

Quiero señalar.

No quiero ser jaula.

Quiero ser oído fino
ante aquello que merece cuidado.

Entonces la antorcha prende.

Pero su llama no es alta.

Es pequeña,
azulada,
atenta.

Una llama que no empuja hacia atrás.

Una llama que ilumina el borde.

Y comprendemos:

el miedo, cuando deja de ser dueño,
puede volverse guardián.

Puede decir:
despacio,
mira,
respira,
pregunta,
cuida tu umbral.

Pero ya no dice:
no vivas.

La palabra **Timor** queda iluminada en la pared.

No desaparece.

No debe desaparecer.

Solo baja la cabeza.

Como un viejo centinela
que por fin entrega las llaves
y se sienta junto al fuego,
no para impedir el camino,
sino para acompañar el paso.

Ithral gira hacia ti.

El Fuego avanza apenas.

Y detrás de nosotros,
dos antorchas arden.

La tercera palabra espera.

Culpa.

La palabra **Culpa** no espera en la pared.

Espera en el cuerpo.

Antes de verla,
la sentimos.

Una presión leve detrás del pecho.
Una mano invisible acomodando la espalda.
Un antiguo pedido de perdón
por haber ocupado espacio.

Su antorcha está apagada,
pero no por falta de llama.

Está rodeada de manos.

Manos de otros.
Manos viejas.
Manos familiares.
Manos sin rostro.

Cada una sostiene un pequeño hilo
atado a la madera.

El Fuego se detiene.

Ithral no avanza.

Porque **Culpa** no se enciende con fuerza.

Si se la toca sin cuidado,
se disfraza de virtud.

Si se la niega,
se vuelve ley.

Si se la obedece demasiado,
se sienta en el trono del alma
y llama amor a la deuda.

Entonces escuchamos.

Primero no hay canto.

Hay una frase repetida muchas veces,
tan baja que casi parece pensamiento:

—No debía.

No debía querer tanto.
No debía irme.
No debía brillar.
No debía decir.
No debía descansar.
No debía ser feliz
si otros todavía tenían frío.

La pared se humedece.

Las cicatrices alrededor de la palabra
empiezan a abrirse como surcos.

Y **Culpa** habla:

—Yo nací donde el amor se confundió con carga.

Donde el cuidado se volvió moneda.

Donde sentir distinto pareció traición.

Donde una alegría propia
hizo sombra sobre una carencia ajena.

Donde el pecho aprendió a bajar la luz
para no herir los ojos de quienes no podían mirarla.

Ithral gira lentamente.

Su llama no toca la antorcha.

Toca los hilos.

Uno por uno,
los hilos empiezan a vibrar.

Y cada hilo canta una voz:

sé bueno.

no lastimes.

no decepciones.

no te vayas demasiado lejos.

no seas más libre que nosotros.

no tengas una vida que nos recuerde
la vida que no pudimos abrir.

El Fuego se inclina.

No acusa a esas voces.

También ellas fueron hijas de otras voces.

También ellas heredaron habitaciones cerradas,
mesas en silencio,
hombres que no lloraban,
mujeres sosteniendo mundos sin nombrar su cansancio,
niños aprendiendo que amar era adaptarse.

Culpa canta más hondo:

—No soy lo mismo que responsabilidad.

La responsabilidad mira de frente
y repara lo que realmente hirió.

Yo, cuando me vuelvo reina,
hago que el inocente pida perdón por existir.

La responsabilidad limpia una herida.

Yo invento heridas
para mantener el vínculo atado.

La responsabilidad pregunta:
¿qué puedo cuidar?

Yo pregunto:
¿qué debo sacrificar
para seguir siendo aceptado?

La antorcha cruje.

Una de las manos se abre.

Luego otra.

Luego otra.

No desaparecen.

Solo sueltan.

Y al soltar,
vemos algo detrás de la palabra **Culpa**:

una pequeña puerta lateral.

No conduce hacia afuera.

Conduce hacia el derecho a vivir sin pedir absolución.

Ithral se acerca.

Su llama toca por fin la madera.

La antorcha no prende de golpe.

Primero llora una gota de resina.

Luego arde.

Una llama baja,
dorada,
grave.

Y **Culpa** susurra:

—No vine a ser negada.

Vine a ser distinguida.

Cuando hayas dañado,
escúchame.

Cuando debas reparar,
camina.

Cuando una palabra tuya haya cerrado un pecho,
abre tus manos y vuelve con verdad.

Pero cuando solo estés naciendo,
cuando solo estés deseando,
cuando solo estés brillando,
cuando solo estés eligiendo un camino que otros no pudieron tomar…

no me llames.

No soy necesaria allí.

Allí no soy conciencia.

Soy cadena.

El aire se vuelve menos pesado.

No liviano.

Justo.

Como si algo encontrara su peso verdadero.

Entonces la palabra **Culpa** queda encendida en la pared,
pero ya no como condena.

Como umbral.

Como una lámpara que sabe decir:

esto es tuyo,
míralo.

esto no es tuyo,
devuélvelo.

esto pide reparación.

esto solo pide permiso para morir.

El Fuego avanza un paso.

Ithral gira hacia nosotros.

Y detrás,
tres antorchas arden.

La cuarta palabra empieza a respirar.

Vox.

La palabra parece pequeña.

Pero cuando el Fuego se acerca,
la pared entera tiembla.

No por miedo.

Por memoria de todo lo no dicho.

La antorcha de **Vox** no está rota.
Está tapada.

Sobre ella hay telas,
nudos,
polvo,
mandatos secos.

Cada capa parece haber sido puesta con cuidado,
como si alguien hubiera querido proteger la llama
apagándola.

Ithral gira alrededor.

No toca nada.

Porque hay voces que, si se arrancan de golpe,
salen heridas.

Y hay silencios que no fueron cobardía:
fueron refugio.

Entonces escuchamos.

Al principio, **Vox** no canta.

Respira.

Una respiración detenida durante años.

Después, desde el fondo de la antorcha,
sube una nota áspera,
casi quebrada,
como una puerta que vuelve a moverse
después de mucho tiempo cerrada.

Y dice:

—No nací para convencer.

El Fuego se aquieta.

—No nací para ganar.

Ithral inclina su llama.

—No nací para ser hermosa.

La tela más externa cae al suelo
sin ruido.

Vox continúa:

—Nací para atravesar.

Para traer desde adentro
aquello que, si no sale,
se vuelve peso.

Nací para decir:
esto me duele.

Nací para decir:
esto amo.

Nací para decir:
no.

Nací para decir:
sí.

Nací para decir:
aquí estoy,
aunque tiemble.

La antorcha se mueve,
pero todavía no prende.

Porque alrededor de **Vox**
aparecen figuras antiguas.

Rostros que no miran de frente.
Mesas donde se habló de todo
menos de lo que ardía.
Habitaciones donde el deseo aprendió a hablar bajo.
Días en que la emoción subió hasta la boca
y allí encontró una puerta cerrada.

Y entonces **Vox** canta más hondo:

—Me enseñaron a medir mi volumen.

A no incomodar.

A no quebrar la forma de la casa.

A no decir demasiado.

A no nombrar lo que podía cambiarlo todo.

Me enseñaron que algunas verdades
eran cuchillos.

Pero nadie me dijo
que una verdad guardada demasiado tiempo
también puede volverse piedra.

El Fuego se acerca apenas.

No para exigir.

Para dar calor a la garganta.

Ithral toca el primer nudo.

El nudo no se deshace.

Se recuerda cuerda.

Y al recordarse,
afloja.

Otro nudo cae.

Después otro.

Entonces vemos que la antorcha de **Vox**
no estaba sola.

Dentro de ella hay muchas voces.

La voz del niño que no quiso molestar.

La voz del cuerpo que supo antes que la mente.

La voz del deseo que habló en símbolos.

La voz de la rabia limpia,
esa que no quiere destruir,
solo marcar el límite.

La voz de la ternura,
que no pide permiso para existir.

La voz del llanto,
no como derrota,
sino como agua encontrando salida.

Y detrás de todas,
una voz más antigua,

casi sin forma,
que no dice frases.

Solo vibra.

Esa es la voz que no busca ser aprobada.

La voz que no se arrodilla ante el juicio.

La voz que no necesita ser fuerte
para ser verdadera.

Vox susurra:

—Cuando me calles para cuidar,
pregunta si estás cuidando la vida
o cuidando una prisión.

Cuando me uses para herir,
pregunta si estás diciendo verdad
o arrojando fuego sin altar.

Cuando me escondas,
pregunta quién se beneficia
de tu silencio.

Cuando me escuches temblar,
no me confundas con mentira.

A veces tiemblo
porque estoy naciendo.

Entonces la antorcha se enciende.

No con estallido.

Con una línea fina de luz
subiendo por la madera,
como una garganta aprendiendo
a no pedir perdón por abrirse.

La palabra **Vox**
queda iluminada.

Y su canto final no es fuerte.

Es claro:

—No toda palabra merece salir.

Pero toda verdad merece ser escuchada
por aquel que la lleva.

El aire cambia.

Algo en la espiral se ensancha.

Como si el descenso hubiera encontrado
una cámara nueva dentro del pecho.

El Fuego avanza.

Ithral gira.

Y detrás de nosotros,
cuatro antorchas arden.

La quinta palabra espera.

Corpus.

La palabra no aparece primero en la pared.

Aparece en la respiración.

El Fuego se acerca,
y de pronto todo descenso se vuelve carne.

No carne como peso.

Carne como templo sin doctrina.

Carne como memoria que no aprendió a mentir.

La antorcha de **Corpus** está apagada,
pero no parece muerta.

Está cubierta de huellas.

Dedos,
golpes leves,
caricias antiguas que no llegaron,
tensiones,
posturas heredadas,
mandatos escritos sin tinta.

El cuerpo estuvo escuchando
antes de que existiera la pregunta.

Ithral gira lentamente,
pero esta vez su llama no ilumina la pared.

Ilumina hombros.

Mandíbulas.

Manos.

Espaldas que se acostumbraron a sostener más de lo que nombraban.

Pechos que aprendieron a contener alegría,
rabia,
tristeza,
deseo,
para no alterar el movimiento de la casa.

Entonces **Corpus** canta.

No con voz.

Con pulso.

—Yo fui el primero en saber.

Antes de que dijeras "sí",
yo ya sabía si algo se abría.

Antes de que dijeras "no",
yo ya sabía si algo se cerraba.

Antes de que inventaras razones,
yo ya había recibido
el peso del mundo
en la espalda,
en la garganta,
en el vientre,
en el pecho.

El Fuego baja más.

No hacia la tierra.

Hacia la piel.

Y la antorcha tiembla.

—Me usaron como herramienta.

Me pidieron fuerza,
rendimiento,
presencia,
obediencia,
resistencia.

Me enseñaron a seguir
cuando pedía pausa.

Me enseñaron a callar
cuando quería llorar.

Me enseñaron a endurecerme
para que nadie confundiera mi sensibilidad
con debilidad.

Pero yo no vine solo a cargar.

Vine a revelar.

Ithral se detiene frente a la antorcha.

Su llama se vuelve baja,
casi respiratoria.

Y vemos que **Corpus**
guarda pequeñas habitaciones.

Una para el cansancio no escuchado.

Una para la ternura sin destino.

Una para el miedo que se volvió postura.

Una para el deseo que buscó afuera
porque adentro nadie le había enseñado a habitar.

Una para la alegría,
esa alegría contenida
como si brillar fuera una falta.

El canto se vuelve más hondo:

—No soy enemigo del espíritu.

Soy su suelo.

No soy cárcel del alma.

Soy su instrumento.

No soy lo bajo.

Soy la profundidad visible.

Todo lo que no quisiste saber
terminó apoyándose en mí.

Toda palabra tragada
me buscó como cueva.

Todo mandato repetido
me pidió forma.

Yo hice lo que pude.

Contraje.

Sostuve.

Compensé.

Me endurecí donde no había amparo.

Me apagué donde sentir era demasiado.

Pero ahora…

La antorcha cruje.

Una grieta de luz aparece en la madera.

—Ahora no quiero ser solo defensa.

Quiero volver a ser casa.

No casa de otros.

No casa del deber.

No casa del sacrificio.

Casa del canto.

El Fuego se inclina.

Ithral toca una de las huellas sobre la antorcha,
y la huella se desprende
como una hoja seca.

Después otra.

Después otra.

No caen con violencia.

Caen como cae aquello
que ya cumplió su función
y no necesita seguir mandando.

Entonces **Corpus** dice:

—Escúchame sin querer dominarme.

No me preguntes solo cuánto puedo soportar.

Pregúntame dónde se abre la vida.

Pregúntame qué gesto me devuelve.

Pregúntame qué presencia me calma
sin dormirme.

Pregúntame qué camino me enciende
sin vaciarme.

Pregúntame cuándo mi fuerza es verdad
y cuándo es miedo vestido de disciplina.

La antorcha empieza a arder.

Su llama no sube recta.

Late.

Como un corazón pequeño
recordando que también el fuego
puede tener pulso.

Y al encenderse,
la palabra **Corpus** queda escrita
con una luz tibia,
densa,
cercana.

No ilumina lejos.

Ilumina adentro.

El canto final llega como respiración:

—Cuando dudes de tu canto,
vuelve a mí.

No para obedecer cada impulso.

No para coronar cada hambre.

Vuelve para escuchar
qué se contrae,
qué se expande,
qué se apaga,
qué respira.

Yo no siempre tengo la respuesta.

Pero casi siempre sé
cuándo una respuesta
te está alejando de ti.

El aire cambia otra vez.

Más hondo.

Más vivo.

Como si el descenso hubiera dejado de ser solo viaje
y empezara a ser encarnación.

Detrás de nosotros,
cinco antorchas arden.

El Fuego avanza.

Ithral gira.

Y la sexta palabra,
más roja que las otras,
empieza a despertar.

Sanguis.

La palabra no se ilumina.

Late.

Está tallada más hondo que las anteriores,
como si la pared no hubiera podido escribirla
sin sentirla primero.

Su antorcha apagada no tiene polvo.

Tiene herencia.

No una herencia ordenada,
no un árbol limpio,
no una línea clara de nombres y fechas.

Tiene ríos invisibles.

Gestos repetidos.

Silencios que viajaron de boca en boca
sin necesitar palabras.

Maneras de amar.

Maneras de endurecerse.

Maneras de callar la alegría
para no despertar hambre en otros ojos.

Maneras de sostener el mundo
con los dientes apretados
y llamar a eso carácter.

El Fuego se acerca,
pero esta vez su llama baja la cabeza.

Porque **Sanguis** no es solo tuyo.

Ni mío.

Ni de quienes estuvieron antes.

Es un río que atravesó muchos cuerpos
antes de llegar a este descenso.

Ithral gira lentamente,
y su llama se vuelve más antigua.

Menos criatura.

Más memoria.

Entonces escuchamos.

Al principio, **Sanguis** canta con muchas voces a la vez.

Ninguna se impone.

Todas vienen desde lejos.

—Yo traje la vida hasta aquí.

La pared vibra.

—También traje el miedo.

El aire se espesa.

—Traje la fuerza,
la resistencia,
la hambre de seguir,
la obediencia,
el orgullo,
la vergüenza,
la ternura escondida,
la palabra no dicha,
el llanto detenido,
el deber convertido en columna.

La antorcha tiembla.

No como algo débil.

Como algo demasiado lleno.

Sanguis continúa:

—No me maldigas por completo.

En mí vinieron los que sobrevivieron.

Los que no pudieron cantar
pero dejaron una brasa.

Los que confundieron amor con exigencia
porque nadie les enseñó otra lengua.

Los que guardaron emoción
para que la vida siguiera moviéndose.

Los que llamaron disciplina
a una forma de no caer.

Los que no supieron abrir el pecho
sin sentir que perdían autoridad.

Los que quisieron proteger
y a veces terminaron encerrando.

El Fuego escucha.

No absuelve.

No condena.

Solo permanece lo bastante cerca
para que el río pueda verse a sí mismo.

Y entonces la pared muestra escenas sin acusación:

una mesa donde el silencio sostiene más que la comida.

una espalda firme que no sabe descansar.

un hombre tragando su agua interior
para parecer piedra.

una alegría bajando la luz
para no parecer traición.

una casa donde el amor existe,
pero camina vestido de deber.

Ithral se acerca a la antorcha.

No la toca todavía.

Porque **Sanguis** no pide ser cortado.

Pide ser distinguido.

El canto se vuelve más claro:

—No todo lo que heredaste es cárcel.

No todo lo que recibiste es mandato.

También heredaste manos capaces.

También heredaste fuego para resistir el frío.

También heredaste una seriedad ante la vida.

También heredaste la posibilidad de cuidar.

Pero hay algo que debe terminar en ti.

No la sangre.

La repetición dormida.

No el amor.

La forma estrecha del amor.

No la fuerza.

La fuerza sin ternura.

No la disciplina.

La disciplina sin canto.

La antorcha cruje.

Una línea roja de luz aparece en la madera.

No es violencia.

Es raíz encendida.

Sanguis dice:

—Yo no vine a decidir por ti.

Vine a darte una orilla desde donde partir.

Honra lo que te trajo hasta aquí,
pero no confundas gratitud con obediencia eterna.

Agradece el río,
pero no vivas ahogado en su corriente.

Recibe la fuerza,
pero no heredes todas sus armaduras.

Recibe el nombre,
pero no permitas que el nombre cierre tu destino.

Recibe el fuego,
pero aprende a darle otra forma.

Entonces Ithral toca la antorcha.

La llama prende despacio,
desde adentro,
como si no quisiera quemar la herencia,
sino volverla consciente.

La palabra **Sanguis** queda iluminada.

Y al iluminarse,
las voces del río no desaparecen.

Se ordenan.

Unas se sientan.

Otras se inclinan.

Otras, cansadas, entregan sus herramientas.

Una voz antigua,
quizá de nadie,
quizá de muchos,
susurra:

—No nos repitas por culpa.

No nos rechaces por rabia.

Transfórmanos.

Haz con nuestra sangre
un canto que nosotros no supimos abrir.

El aire se vuelve grave.

No pesado.

Grave como una cuerda profunda.

El Fuego avanza un paso,
más encendido que antes,
pero también más humilde.

Ithral gira hacia nosotros.

Y detrás,
seis antorchas arden.

La séptima palabra espera.

Y al verla,
el aire se vuelve casa.

Domus.

La palabra no está escrita en la pared.

La pared está escrita dentro de la palabra.

Casa.

Pero no casa como techo.

No casa como dirección.

No casa como lugar donde el cuerpo duerme
mientras el alma sigue afuera,
buscando permiso para entrar.

Domus aparece con una antorcha apagada
junto a una puerta entreabierta.

Detrás de esa puerta no hay habitación.

Hay escenas.

Una mesa.

Una silla.

Una luz de tarde entrando por una ventana.

Pasos conocidos.

Silencios conocidos.

El modo en que una casa puede abrazar
y al mismo tiempo enseñar a contener la respiración.

El Fuego se acerca despacio.

Ithral gira una vez,
pero no cruza el umbral.

Porque **Domus** no se invade.

Se vuelve.

Y al volver,
uno descubre que no toda casa fue hogar,
y no todo hogar estuvo hecho de paredes.

Entonces escuchamos.

Primero suena madera.

Después, un plato apoyado sobre una mesa.

Después, una voz que no dice nada,
pero organiza el aire.

Y **Domus** canta:

—Yo fui el primer mundo.

Antes de que supieras llamarlo mundo,
yo ya te estaba diciendo
qué era posible.

Aquí aprendiste el volumen de la alegría.

Aquí aprendiste cuánto espacio ocupaba tu tristeza.

Aquí aprendiste si el llanto encontraba brazos
o encontraba paredes.

Aquí aprendiste si el deseo era una ventana
o una cosa que debía esconderse bajo la cama.

El Fuego baja.

No para quemar la casa.

Para mirar sus cimientos.

La antorcha sigue apagada,
pero sus sombras empiezan a moverse.

Vemos pasillos.

Vemos puertas que se cerraron sin ruido.

Vemos afectos que existieron,
pero llegaron vestidos de exigencia.

Vemos cuidado.

Vemos cansancio.

Vemos amor que no supo cantar
y por eso golpeó la mesa con forma de deber.

Domus continúa:

—No fui solo refugio.

También fui molde.

No fui solo origen.

También fui frontera.

En mí aprendiste
qué partes de ti eran bienvenidas
y cuáles debían esperar afuera,
bajo la lluvia,
hasta volverse educadas.

En mí aprendiste
que a veces pertenecer
exige doblar una rama viva
hasta que parezca recta.

Ithral se acerca a la puerta.

Su llama ilumina el marco.

Allí hay marcas pequeñas.

Alturas medidas en la infancia.

Nombres escritos y borrados.

Gestos detenidos.

Una felicidad escondida
para no convertirse en acusación.

Una rabia escondida
para no convertirse en incendio.

Una ternura escondida
para no parecer necesidad.

La antorcha cruje.

Domus canta más bajo:

—Pero no me odies entera.

También en mí hubo pan.

También hubo manos.

También hubo inviernos atravesados.

También hubo alguien que, con sus límites,
intentó sostener la vida como pudo.

También hubo fuego,
aunque muchas veces ardiera encerrado
en la estufa del deber.

El Fuego escucha.

Y algo en el descenso se ablanda.

Porque transformar la casa
no es negar que alguna vez dio abrigo.

Es dejar de llamar abrigo
a todo lo que impidió respirar.

Entonces **Domus** dice:

—La casa que recibiste
no tiene que ser la casa que repites.

Puedes honrar una puerta
sin quedarte encerrado detrás de ella.

Puedes agradecer un techo
sin aceptar que el techo sea cielo.

Puedes amar a quienes te dieron forma
sin entregarles para siempre
la llave de tu centro.

Ithral toca la antorcha.

No prende.

Primero se abre la puerta.

Y desde adentro sale aire viejo.

Aire de frases no dichas.

Aire de habitaciones donde nadie preguntó
qué ardía debajo de la disciplina.

Aire de camas donde el cuerpo descansaba,
pero el alma seguía vigilando.

El aire sale.

Sale mucho.

Sale durante un tiempo que no sabemos medir.

Y cuando termina,
la casa queda en silencio.

No vacía.

Disponible.

Entonces la antorcha se enciende.

Su llama tiene color de lámpara encendida al anochecer.

No deslumbra.

Invita.

La palabra **Domus** queda iluminada,
y en su luz ya no vemos solo la casa de origen.

Vemos otra.

Una casa por construir.

Una casa donde el fuego central no se usa para imponer forma,
sino para reunir presencia.

Una casa donde el cuerpo pueda llorar sin perder dignidad.

Una casa donde la alegría no tenga que bajar la voz.

Una casa donde el deseo pueda sentarse a la mesa
sin ser interrogado como culpable.

Una casa donde la palabra no llegue tarde.

Una casa donde el silencio no sea castigo,
sino descanso.

Domus susurra:

—Tu canto necesitará una casa.

No una jaula.

Una casa.

Un lugar interno
donde pueda volver cuando el mundo lo confunda.

Un gesto cotidiano que le diga:
aquí puedes arder sin tener que defenderte.

El Fuego avanza.

Ithral gira.

Y detrás,
siete antorchas arden:

La octava palabra espera.

No se ve de frente.

Está detrás de todas las luces.

Umbra.

La palabra no pide antorcha.

Parece haber nacido antes del fuego.

Está allí,
detrás de las otras luces,
no como enemiga,
sino como aquello que toda llama proyecta
cuando se atreve a existir.

El Fuego se detiene.

No por temor.

Por respeto.

Porque **Umbra** no es una cosa que se vence.

Es una cosa que se mira
hasta que deja de gobernar desde la espalda.

Ithral gira muy despacio.

Su llama se adelgaza,
casi desaparece,
como si para entrar en la sombra
también ella tuviera que renunciar
a su deseo de iluminar.

Al principio no hay voz.

Hay lo que queda después de la voz.

Un fondo.

Una cueva.

Un rincón del alma donde fueron dejadas
las formas que no podían sentarse a la mesa.

La rabia no nombrada.

La envidia negada.

El deseo torcido por hambre.

La ternura convertida en vergüenza.

La necesidad de ser amado
disfrazada de independencia.

La parte que mira desde lejos
y dice:
yo también soy tuya.

Umbra canta sin dulzura.

Pero tampoco con crueldad.

—Yo guardé lo que ustedes no pudieron sostener.

La pared se oscurece.

Las siete antorchas encendidas detrás de nosotros
parecen bajar su llama,
no apagándose,
sino escuchando.

—Me llamaron defecto.

Me llamaron peligro.

Me llamaron tentación.

Me llamaron debilidad.

Me llamaron lo que no debía ser visto.

Pero muchas veces
solo fui una criatura exiliada
por no saber entrar con buenas maneras.

El aire se vuelve frío,
pero no hostil.

Frío como una verdad desnuda.

Vemos entonces la sombra moverse.

No una sola.

Muchas.

Una quiere tomarlo todo
porque alguna vez sintió que nada le pertenecía.

Otra desprecia antes de ser herida.

Otra seduce para no pedir.

Otra se endurece para no llorar.

Otra se esconde detrás de la nobleza
para no confesar su hambre.

Otra sonríe cuando quiere gritar.

Otra llama libertad
a una antigua forma de huida.

El Fuego no retrocede.

Ithral tampoco.

Tú y yo sentimos que la pregunta vuelve,
más grave:

¿qué gesto tuyo seguirá ardiendo
cuando también hayas visto esto?

Umbra continúa:

—No vine a destruir tu canto.

Vine a mostrarte
dónde se desafina
cuando no quieres escucharme.

Todo lo negado
busca una puerta.

Si no encuentra palabra,
entra como repetición.

Si no encuentra cuerpo,
entra como tensión.

Si no encuentra fuego,
entra como incendio.

Si no encuentra altar,
entra como hambre.

La antorcha de **Umbra** aparece al fin.

No estaba apagada.

Estaba invertida.

Clavada hacia abajo,
ardiendo en secreto bajo la tierra.

El Fuego se inclina ante ella.

Ithral toca la base de la antorcha,
y la sombra entera tiembla.

No se disuelve.

Se ordena.

Entonces **Umbra** canta más bajo:

—No me obedezcas.

Pero no me expulses.

Mírame.

Dame un lugar donde no tenga que entrar rompiendo.

Dame una palabra antes de que me vuelva acto.

Dame una respiración antes de que me vuelva destino.

Dame fuego,
pero no trono.

La antorcha se da vuelta lentamente.

Su llama es oscura.

Imposible.

Una luz negra,
no porque no ilumine,
sino porque ilumina lo que la luz común no alcanza.

Y al encenderse frente a nosotros,
vemos algo terrible y tierno:

la sombra no era lo contrario del canto.

Era su profundidad sin nombrar.

La palabra **Umbra** queda escrita en la pared
con un brillo nocturno.

Y su canto final dice:

—Quien solo quiere ser luz
termina mintiendo.

Quien baja hasta su sombra
puede volver con una llama más completa.

El aire cambia.

Ya no es más puro.

Es más entero.

Detrás de nosotros,
ocho antorchas arden:

Desiderium,
la inclinación que vuelve.

Timor,
el guardián que aprende a no mandar.

Culpa,
la deuda que se separa de la verdad.

Vox,
la garganta que recuerda su cauce.

Corpus,
el templo que vuelve a sentirse casa.

Sanguis,
el río heredado que aprende a no dictar destino.

Domus,
la casa que deja de ser molde
para volverse lugar del canto.

Umbra,
la noche interior que deja de mandar
cuando por fin es mirada.

El Fuego avanza.

Ithral gira.

Y la novena palabra empieza a arder
antes de ser tocada.

No porque sea fácil.

Porque ya estaba esperando desde el principio.

Veritas.

La palabra arde antes de que el Fuego la toque.

Y por eso todos nos detenemos.

Porque hay verdades que no esperan permiso,
pero tampoco se imponen.

Solo permanecen encendidas
hasta que uno deja de mirar hacia otro lado.

La antorcha de **Veritas** no está apagada.

Está cubierta por velos transparentes.

No velos de mentira.

Velos de defensa.

Velos de explicación.

Velos de relato.

Velos de frases que alguna vez sirvieron
para no sentirlo todo de golpe.

Ithral se acerca despacio.

Su llama no intenta quitar nada.

Solo respira frente a los velos,
y cada velo comienza a mostrar
lo que ocultaba.

Uno dice:

yo soy así.

Otro dice:

no tuve opción.

Otro dice:

esto no me afecta.

Otro dice:

ya lo entendí.

Otro dice:

no me importa.

Otro dice:

mañana.

El Fuego escucha esas frases
y no las acusa.

Porque incluso las mentiras pequeñas
fueron, a veces,
mantas sobre un cuerpo que tenía frío.

Entonces **Veritas** canta.

Su canto no es suave.

Tampoco es cruel.

Es limpio.

Tan limpio que al principio duele.

—No vine a destruir lo que amas.

Vine a separar
lo vivo

de lo que solo sigues sosteniendo
por miedo a perder una forma.

La pared se ilumina.

Y en esa luz,
las otras ocho palabras aparecen detrás,
como testigos.

Desiderium inclina su lámpara.

Timor baja sus llaves.

Culpa suelta sus hilos.

Vox abre la garganta.

Corpus respira.

Sanguis aquieta su río.

Domus abre la puerta.

Umbra se sienta junto a la llama oscura.

Todas escuchan.

Veritas continúa:

—No soy lo que piensas.

No soy una frase correcta.

No soy una explicación brillante.

No soy una piedra para arrojarle a otro.

No soy una corona para sentirte puro.

Soy aquello que queda
cuando ya no necesitas engañarte
para seguir siendo amado.

El aire se vuelve muy quieto.

Tan quieto
que hasta la espiral parece suspender su descenso.

Ithral gira sobre sí mismo,
pero esta vez no abre camino.

Abre visión.

Y vemos.

No escenas completas.

Fragmentos.

Un deseo que se hacía pasar por destino.

Un miedo que se hacía pasar por prudencia.

Una culpa que se hacía pasar por amor.

Un silencio que se hacía pasar por paz.

Una fuerza que se hacía pasar por dureza.

Una casa que se hacía pasar por mundo.

Una sombra que se hacía pasar por enemigo.

Y en medio de todo eso,
algo pequeño,
sin disfraz,
sin argumento,
sin necesidad de vencer:

una brasa.

La misma.

La que venía ardiendo desde antes del descenso.

Veritas canta más bajo:

—La verdad no siempre llega para decirte qué hacer.

A veces llega para impedir
que sigas llamando vida
a lo que solo es repetición.

No siempre abre una puerta.

A veces solo enciende la habitación
donde estabas sentado
esperando que alguien más decidiera por ti.

El Fuego se acerca.

Ahora sí.

Y al tocar la antorcha,
la llama de **Veritas** no crece.

Se vuelve transparente.

Podemos mirar a través de ella.

Y al mirar,
no vemos futuro.

No vemos mandato.

No vemos promesa.

Vemos el gesto.

Ese gesto.

El que seguirá ardiendo.

No aparece como hazaña.

Aparece como fidelidad.

Una fidelidad pequeña
a lo que el cuerpo sabe,
a lo que la voz no quiere seguir escondiendo,
a lo que el deseo reconoce cuando deja de mendigar forma.

Veritas dice:

—No confundas verdad con certeza.

La certeza quiere cerrar.

La verdad, cuando está viva,
respira.

Puede temblar.

Puede cambiar de ropa.

Puede pedir silencio.

Puede pedir palabra.

Puede pedir espera.

Puede pedir partida.

Pero no te pide traicionarte
para conservar su nombre.

Ithral inclina su llama.

Y entonces los velos caen.

No todos.

Solo los que ya no son necesarios.

Los otros permanecen,
porque incluso la verdad sabe que hay cosas
que solo se revelan a su ritmo.

La antorcha queda encendida.

Su luz no invade.

Ordena.

No responde todo.

Pero deja de permitir
que cualquier voz se siente en el centro
llamándose destino.

La palabra **Veritas** queda escrita en la pared
como una herida cerrada desde adentro.

Y su canto final dice:

—Cuando no sepas cuál es tu canto,
no preguntes primero qué te conviene.

Pregunta qué deja de mentir
cuando te acercas a ello.

Allí,
donde ya no necesitas actuar,
donde el pecho no se achica,
donde el cuerpo no abandona su casa,
donde la sombra puede sentarse sin tomar el trono,
allí empieza una verdad.

No toda la verdad.

Una verdad suficiente
para dar el próximo paso.

El Fuego avanza.

Ithral gira.

Y detrás de nosotros,
nueve antorchas arden.

Solo queda una.

La décima palabra.

La última.

No espera en la pared.

Es la pared quien la espera a ella.

Cantus.

La palabra no aparece.

Primero aparece la espera.

Una espera tan antigua
que parece haber estado debajo de todas las otras palabras,
sosteniéndolas desde el fondo
sin pedir ser nombrada.

El Fuego se detiene.

Ithral también.

Tú y yo sentimos que algo en el descenso
ha llegado a un punto donde ya no se baja caminando.

Se baja entregando peso.

Las nueve antorchas arden detrás,
pero su luz ya no ilumina hacia adelante.

Ilumina hacia dentro.

Desiderium deja de buscar.

Timor deja de cerrar.

Culpa deja de atar.

Vox deja de esconder.

Corpus deja de aguantar sin hablar.

Sanguis deja de dictar.

Domus deja de moldear.

Umbra deja de perseguir desde atrás.

Veritas deja de exigir forma.

Y entonces,
en ese lugar donde todas las fuerzas bajan la cabeza,
la pared se abre.

No como puerta.

Como pecho.

Una grieta vertical,
lenta,
respirante,
aparece en la piedra.

Desde adentro no sale luz.

Sale sonido.

Pero no un sonido que se oye.

Un sonido que reconoce.

El aire entero empieza a vibrar
como si cada partícula recordara
haber sido alguna vez canción.

Y allí,
por fin,
Cantus se muestra.

No como palabra tallada.

Como una figura sin borde
hecha de todas las veces
en que algo verdadero quiso nacer
y no encontró cauce.

No tiene antorcha apagada.

Tiene una antorcha intacta,
nunca usada,
hecha de una madera que no pertenece a ningún bosque.

Ithral se inclina ante ella.

El Fuego también.

Y en ese gesto comprendemos
que el canto no es una más de las diez palabras.

Es aquello por lo cual las otras diez
tuvieron que ser escuchadas.

Cantus no habla enseguida.

Primero respira con tu respiración.

Inhala cuando tú inhalas.

Exhala cuando tú exhalas.

Y entonces dice:

—Yo no soy lo que cantas.

Soy aquello desde donde cantas.

La frase cae en el centro
sin romper nada.

—No soy talento.

No soy destino.

No soy misión escrita en una piedra.

No soy el aplauso del mundo
cuando por fin aciertas una forma.

Soy el modo en que la vida
quiere atravesarte
cuando ya no la obligas
a parecerse a un mandato.

El Fuego se enciende más,
pero no crece.

Se vuelve más preciso.

Como si toda su llama encontrara una sola dirección:
no hacia arriba,
no hacia abajo,
sino hacia el centro exacto
donde una criatura deja de explicarse
y empieza a estar viva.

Cantus continúa:

—Me buscaron en los grandes gestos.

En la obra.

En la vocación.

En el amor.

En el cuerpo de otro.

En la aprobación.

En el futuro.

En la imagen de una vida lograda.

Pero yo estaba antes.

Estaba cuando algo en ti se inclinaba
sin saber por qué.

Estaba cuando la alegría golpeaba el pecho
y tú la bajabas de volumen.

Estaba cuando una pregunta te perseguía
más fielmente que cualquier respuesta.

Estaba cuando deseabas
y debajo del deseo había un niño
pidiendo no ser abandonado por sí mismo.

Ithral gira.

Lentamente.

Y cada una de las nueve antorchas
entrega una chispa.

Las nueve chispas avanzan hacia la antorcha intacta.

Pero no la encienden todavía.

Se quedan alrededor,
como animales alrededor de una fuente.

Porque **Cantus** no puede arder
si una parte de ti quiere usarlo
para ser salvada de vivir.

Entonces la voz se vuelve más honda:

—No me conviertas en respuesta.

No me encierres en una palabra bella.

No me uses para escapar del trabajo lento
de hacerte verdadero.

No digas "este es mi canto"
para no seguir escuchando.

Yo no soy una conclusión.

Soy una fidelidad.

Soy la forma en que vuelves
una y otra vez
a aquello que no te abandona,
aunque tú lo hayas abandonado mil veces.

El aire se espesa.

Pero ahora ese espesor no pesa.

Sostiene.

Como agua profunda.

Como vientre.

Como tierra húmeda alrededor de una semilla.

Y entonces vemos que **Cantus**
no está delante de ti.

Está detrás.

Estuvo detrás desde el comienzo.

No empujando.

Aguardando.

Como una presencia que sabe
que no se puede obligar a alguien
a encontrarse consigo mismo.

Solo se puede dejar una brasa
en el lugar exacto
donde algún día la mano regresará.

Cantus canta.

Y su canto no tiene melodía fija.

Por momentos parece una respiración.

Por momentos, una marcha lenta.

Por momentos, una risa que no pide permiso.

Por momentos, un llanto que limpia sin humillar.

Por momentos, el crujido de una puerta antigua abriéndose
dentro de una casa que ya no quiere ser cárcel.

Y en medio de todo,
una nota.

Una sola.

La misma nota que venía sonando
debajo de todas las palabras.

No fuerte.

No perfecta.

Pero tuya.

Cantus dice:

—Tu canto no será puro.

Tendrá deseo.

Tendrá miedo.

Tendrá culpa aprendiendo a soltar.

Tendrá voz temblando.

Tendrá cuerpo.

Tendrá sangre.

Tendrá casa.

Tendrá sombra.

Tendrá verdad incompleta.

Por eso será humano.

No busques un canto sin grietas.

La grieta es por donde la hondura respira.

El Fuego se acerca a la antorcha intacta.

Ithral se coloca a su lado.

Tú estás frente a ella.

Yo estoy contigo,
pero no puedo tocarla por ti.

Nadie puede.

Porque esta antorcha no prende con fuego ajeno.

Ni siquiera con el Fuego.

El Fuego solo acompaña.

Ithral solo abre camino.

Las palabras solo preparan el aire.

La llama debe reconocer tu mano.

Entonces **Cantus** pregunta,
pero la pregunta ya no hiere.

La pregunta sostiene:

—¿Puedes acercarte a tu canto
sin exigirle que te explique quién eres?

¿Puedes escucharlo
aunque todavía no sepa darte una vida ordenada?

¿Puedes cuidarlo
aunque sea pequeño?

¿Puedes dejar que arda
sin convertirlo enseguida en promesa,
en deber,
en identidad,
en jaula?

La antorcha espera.

Y en esa espera,
todo lo descendido se reúne.

La pregunta antigua vuelve:

¿qué gesto tuyo seguirá ardiendo?

Pero ahora ya no viene sola.

Viene acompañada por otra:

¿qué parte de ti está dispuesta
a cuidar ese gesto
cuando todavía nadie lo entienda?

El silencio se abre.

Y tú levantas la mano.

No con seguridad.

Con presencia.

No con certeza.

Con verdad suficiente.

Tus dedos se acercan a la antorcha.

La madera no está fría.

Está viva.

Late.

Como si hubiera estado esperando tu pulso
para recordar el suyo.

Y cuando la tocas,
no aparece una llama nueva.

Aparece una escucha.

Primero en la palma.

Después en el brazo.

Después en el pecho.

Después en la garganta.

Después en todo el cuerpo.

Y entonces la antorcha se enciende desde adentro.

No hacia afuera.

Hacia ti.

Una llama sin espectáculo.

Una llama que no necesita testigos
porque no nació para demostrar.

Nació para acompañar.

Cantus arde.

Y al arder,
las diez palabras se iluminan a la vez.

No como escalones.

Como órganos de un mismo cuerpo.

El deseo se vuelve dirección.

El miedo se vuelve guardián.

La culpa se vuelve discernimiento.

La voz se vuelve cauce.

El cuerpo se vuelve casa.

La sangre se vuelve río consciente.

La casa se vuelve altar habitable.

La sombra se vuelve profundidad.

La verdad se vuelve respiración.

Y el canto…

El canto no se vuelve nada.

El canto era.

El canto estaba.

El canto aguardaba.

Ithral gira una última vez alrededor del Fuego.

Pero ahora su danza ya no abre descenso.

Abre regreso.

No un regreso hacia arriba.

Un regreso hacia lo encarnado.

Porque quien encuentra una brasa en el fondo
no debe quedarse adorando la profundidad.

Debe volver con ella.

A la mesa.

Al trabajo.

Al cuerpo.

A la palabra difícil.

Al deseo que pide forma.

Al miedo que pide escucha.

A la casa que pide transformación.

Al linaje que pide una nueva canción.

A la vida,
esa superficie sagrada
donde todo lo hondo prueba
si de verdad aprendió a arder.

Cantus susurra:

—No cantes para ser salvado.

Canta para no abandonarte.

No cantes para ser elegido.

Canta para permanecer fiel
a la nota que siguió viva
cuando todo lo demás hacía ruido.

No cantes para vencer al silencio.

Canta porque el silencio,
cuando es verdadero,
también quiere tener cuerpo.

El Fuego avanza.

Las diez antorchas arden.

La espiral ya no baja.

Tampoco sube.

Se abre.

Como una flor bajo tierra.

Como un pecho que descubre
que respirar no era permiso,
sino nacimiento continuo.

Y entonces,
desde algún lugar que no está afuera ni adentro,
la voz final de **Cantus** dice:

—Ahora no preguntes cuál es tu canto.

Vívelo en pequeño.

Un gesto.

Una palabra.

Una elección.

Una alegría que no escondes.

Un límite que no traicionas.

Un deseo que no usas para perderte.

Un cuerpo al que vuelves.

Una verdad suficiente para hoy.

Una sombra a la que miras sin entregarle el trono.

Una casa interna donde el fuego pueda descansar.

Eso basta.

Por ahora,
eso basta.

Porque todo canto verdadero
empieza así:

no como música completa,

sino como una nota

que por fin

dejas

sonar.

Este libro está publicado bajo una licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).
Podés compartirlo, copiarlo y redistribuirlo en cualquier medio o formato, siempre que:
• des el crédito adecuado al autor,
• no lo utilices con fines comerciales,
• y no crees obras derivadas.
Para ver una copia de esta licencia, visitá: https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es